



MOMENTOS PARA
SER



Observar, describir y contemplar un bosque

Anexo

*Aplicando el Pacto Educativo Global
en la escuela*

Anexo 1

Presentación de la actividad

¿Cuánta magia puede haber en un bosque? Desde que éramos niños, los bosques estaban llenos de misterio. Estaban los animales y las plantas... pero también habitantes misteriosos: hadas, gnomos... y también ogros, monstruos... y muchos personajes más.

De los bosques de Sherwood era Robin Hood, en un bosque se encontró Caperucita Roja con el lobo, de los bosques nacieron siempre las historias más maravillosas.

Vivimos, sin embargo, en un mundo donde los bosques no solo han perdido sus misterios originales, sino que incluso tienden a desaparecer por la tala indiscriminada de árboles, la pérdida de las fuentes de agua el calentamiento global.

Si los seres humanos somos depredadores de los bosques es porque muchas veces sentimos como si no fueran cosa nuestra, como si no fueran partes de nosotros, como si nos fueran ajenos. Ya poco los observamos. Ya casi no los sentimos. Hemos dejado de contemplarlos.

En el ejercicio que viene a continuación encontrarás una guía de trabajo para observar, describir y contemplar un bosque. Las tres cosas son esenciales y deben seguir un cierto orden.

Algunas recomendaciones para que hagas este trabajo:

1. Hazlo con la mayor seriedad y date el tiempo que la actividad requiere.
2. Anota todo lo que ves, sientes y piensas a medida que haces el ejercicio.
3. Aunque tengas muchas ayudas audiovisuales (fotografías, videos, pódcasts), nada sustituye la experiencia de visitar un bosque. Es una experiencia hermosa, enriquecedora y profundamente espiritual.
4. Aunque buena parte del ejercicio lo debe hacer solo, comparte siempre con tus compañeros y tu profesor lo que vayas descubriendo.
5. No olvides que tus sensaciones, experiencias y pensamientos son valiosos para otros, que se enriquecen con lo que tú les cuentas. Compártelo con ellos.

Guía para la observación, descripción y contemplación de un bosque

6. **Lo primero es OBSERVAR EL BOSQUE**
 - > Observa una fotografía de un bosque (si quieres, mira primero diversas imágenes y elige aquella que te parezca más atractiva).

- > Toma un papel y describe en un párrafo lo que estás viendo.
- > Ahora haz una lista de diez elementos que observes en el bosque y que te llaman la atención.
- > Elabora una definición propia de lo que es un bosque. Compárala con otra que encuentres en un libro o Internet. ¿Qué diferencias observas?
- > Después de todo lo anterior, vuelve a mirar la fotografía del bosque durante dos minutos. ¿Ha mejorado tu observación? ¿De qué manera? Anota lo que has sentido en este primer ejercicio.

7. Ahora vamos a **DESCRIBIR LO OBSERVADO**

- > Observa un video corto de no más de dos minutos, donde veas lo que ocurre en un bosque y escuches sus sonidos.
- > Identifica cuáles son los principales seres vivientes que hay en el bosque (reales e imaginarios).
- > Lee una descripción científica (objetiva) del bosque. ¿Te ayuda a observarlo mejor?
- > Lee una descripción literaria (subjetiva) del bosque. ¿Te ayuda a observarlo mejor?
- > Cuenta una historia breve máximo 100 palabras, en la que describas de algo que pasó en ese bosque y en la que tú seas el protagonista.

8. Más importante aún: **APRENDER A CONTEMPLAR**

- > Identifica todas las cosas que te dispersan y te distraen. Anota cuáles son y apártalas de ti.

- > Haz cosas que te ayuden a relajarte, serenarte y concentrarte, por ejemplo, estirar los brazos, hacer ejercicios de respiración profunda, mover la cabeza hacia los lados, etcétera.
- > Haz silencio y escucha al bosque y sus habitantes.
- > Ahora dialoga con uno de los personajes del bosque que te particularmente: una planta, un animal, un habitante imaginario o cualquier otro.
- > Redacta en un texto breve la historia que te ha contado el bosque.

9. Finalmente, **COMPARTÉ CON OTROS TU EXPERIENCIA**

- > ¿Qué dificultades tuviste a la hora de observar y describir el bosque? ¿A qué se debieron esas dificultades? Coméntalo con tus compañeros.
- > ¿Cómo te sentiste en el momento de contemplar el bosque y de dialogar con él? ¿Por qué? Coméntalo con tus compañeros.
- > ¿Pudiste visitar un bosque? ¿Te ayudaron las imágenes a contemplar mejor el bosque? ¿De qué manera?
- > ¿Qué lograste escribir en tu trato con el bosque? ¿Te gustó? ¿Quisieras mejorarlo? ¿De qué manera?
- > ¿Repetirías la experiencia de observar y contemplar el bosque? ¿Te gustaría hacerlo en compañía de otra persona? ¿De quién? Si así fuera, ¿cómo lo invitarías?

Anexo 2

Definición de “bosque”

Para ayudar en la observación de un bosque y distinguir entre diversos tipos de bosque, se recomienda visitar el apartado “Bosque” de la Bioenciclopedia, disponible en la siguiente dirección electrónica: [https://www.](https://www.bioenciclopedia.com/bosque/)

[bioenciclopedia.com/bosque/](https://www.bioenciclopedia.com/bosque/) . Allí, además de la información, hay fotografías y un video corto (4 minutos 6 segundos), que pueden ser útiles para comprender mejor qué es un bosque y cómo se le puede observar mejor.

Anexo 3

Henry David Thoreau: el hombre que vive observando y contemplando el bosque

Henry David Thoreau (1817-1862) fue un importante pensador y escritor norteamericano que un día decidió irse a vivir solo en una cabaña en medio de los bosques que rodean la laguna de Walden, en el poblado de Concord, en Massachusetts. Viviendo allí escribió, a manera de un diario su famosa obra Walden o la vida en los bosques, que ha sido una fuente de inspiración para todos aquellos que quieren vivir una vida sencilla en contacto con la naturaleza. De allí se ha seleccionado el pasaje que viene a continuación.

Ahora que los vagones han partido, y con ellos todo ese mundo inquieto, y los peces de la laguna han dejado de oír su ruido, me siento más solo que nunca. Durante el resto de la larga tarde, mis meditaciones solo serán interrumpidas, quizá, por el leve traqueteo de algún carro o yunta en la lejana carretera.

Algunas veces, en domingo, oía las campanas de Lincoln, Acton, Bedford o Concord, cuando el viento era favorable; una melodía suave, dulce, diríase natural, que bien valía la pena importar en aquellas soledades. A una distancia suficiente, en los bosques, este so-

nido adquiere un timbre vibrante, como si las agujas de los pinos que se alzan en el horizonte fueran pulsadas como cuerdas de arpa.

Todo sonido percibido a lo lejos produce igual efecto, una vibración de la lira universal, comparable a la que causa la atmósfera cuando llena de interés los confines remotos a la vista, teñidos de azul en la distancia. En este caso llegaba hasta mí una melodía que el aire había depurado y que había dialogado con todas y cada una de las hojas y rebrotes del bosque; era aquella porción de sonido que los elementos habían hecho suya y modulado prestándole sucesivo eco a través de las cañadas. Y es que el eco es, en parte, un sonido original, de donde su magia y su encanto. No se trata tan solo de simple repetición de lo que en la campana merecía pervivir, sino que guardaba en sí la propia voz del bosque, las mismas palabras y notas triviales cantadas por una ninfa.

Al atardecer, el distante mugido de alguna vaca en lontananza, más allá de los bosques, ponía dulzura en el horizonte; al principio bien la hubiera tomado por la voz de ciertos

trovadores que, en ocasiones, me ofrecían sus serenatas, errantes por entonces por bosques y cañadas; pero al pronto caía en cuenta, no sin cierto placer, de que aquel sonido se prolongaba como natural y común música vacuna.

No pretendo resultar satírico, sino expresar tan solo mi apreciación por los cantos de aquellos jóvenes cuando afirmo que percibía claramente su similitud con la música del rumiante, y que no eran, en fin, sino una articulación de la Naturaleza misma.

Regularmente a las siete y media, durante una parte del verano, después del paso del tren de la tarde, los chotacabras cantaban sus vísperas durante media hora, reunidos en un tocón próximo a mi puerta o sobre la percha maestra de la casa. Iniciaban sus cantos con una precisión casi horaria, a cinco minutos más o menos de una hora fija que correspondía a la puesta del sol.

Gocé de la rara oportunidad de desvelar el misterio de sus hábitos. Algunas veces oía a cuatro o cinco a la vez, en diferentes partes del bosque, casualmente un acorde tras otro y itan cerca de mí! que no solo percibía el cloqueo final de cada nota, sino que, a menudo, hasta ese singular zumbido semejante al que produce la mosca atrapada en la tela de la araña, solo que proporcionalmente más fuerte.

A veces, una de aquellas aves se ponía a dar vueltas y más vueltas a mi alrededor, a pocos metros de distancia, como atada a una cuerda, cuando probablemente me hallaba cerca de sus huevos. Los chotacabras se dejaban oír a intervalos durante toda la noche, para

ofrecerse tan musicales como siempre en las esquinas del alba.

Cuando callan otras aves, las lechuzas toman su turno, como las antiguas plañideras su monótono ulular. Ese patético chillido es digno de Ben Jonson. ¡Oh sabias hechiceras de medianoche! No es el honesto y romo *tu-uit-tu-tuuit* de los poetas sino, en verdad, una solemne salmodia funeraria, la mutua consolación de amantes suicidas que en las trochas del infierno evocan los tormentos y deleites del amor superior.

Pero me gusta oír su lamento, sus quejas respuestas resonando en el bosque, que a veces me hacen pensar en música y aves cantoras, como si se tratara del lado oculto y lacrimoso del pentagrama, las cuitas y suspiros que serían cantados de buena gana.

Son los espíritus, los desánimos y aprensiones melancólicas de almas caídas que otrora, en forma humana, vagaron de noche por el mundo realizando las obras de la oscuridad, y que ahora expían sus pecados con sus himnos llorosos o trenos en la escena de sus actos.

Me dan una nueva medida de la variedad y capacidad de esta naturaleza que nos alberga a todos. *iOhooo que nunca hubiera nacidooo!*, suspira una a este lado de la laguna, antes de saltar con la brusquedad del desespero a una nueva rama de los robles grises. *iQue nunca hubiera nacidoooo!*, responde otra en la ribera lejana con trémula sinceridad; *inacidooo!*, resuena débil y remotamente en los distantes bosques de Lincoln.

También recibí la serenata de un búho ululante. Tan cerca, fácilmente se diría que es el

suyo el sonido más melancólico de la naturaleza, como si pretendiera crear con su voz el estereotipo permanente del lamento agónico de un ser humano, miserable y tenue reliquia de mortalidad que ha abandonado ya toda esperanza y que aúlla como animal, pero con sollozo humano, en el umbral de oscuro valle, con voz tanto más horrorosa cuanto que se quiebra en su engolada resonancia [...], propia de una mente que ha alcanzado ya el estadio reblandecido y mohoso en la mortificación de todo pensamiento sano y de valor.

En mi imaginación se evocaban espíritus necrófagos y aullidos de idiotas y locos. Pero ahora otro responde desde arboledas lejanas, un acorde que la distancia hace melodioso: *Huuu-huuu-huuuu-huuu* y que, ciertamente, en su mayor parte no sugiere sino agradables asociaciones, tanto de noche como de día, en invierno o en verano.

Me alegro de que haya búhos y de que se ocupen del idiota y maníaco ulular de los hombres. Es un sonido admirablemente apropiado para las marismas y bosques crepusculares dejados de la luz del día, sugeridor de una vasta naturaleza no desarrollada que los hombres han de conocer aún. Representa el violento claroscuro y las frustraciones que en todos nosotros anidan.

El sol ha brillado todo el día en la superficie de algún salvaje marjal, allá donde el abeto solitario se alza barbado de líquenes, con halcones girando en su vertical y con el paro ceceante entrevistado entre las siemprevivas que ocultan a la perdiz y al conejo; pero ahora se hace más triste y propio, y despierta una raza diferente de criaturas para expresar a su vez otro aspecto de la Naturaleza.

Entrada ya la noche oí el distante rebato de vagones que trasponían un puente -eco más lejano que cualquier otro de los nocturnos-, el ladrar de los perros y algunas veces nuevamente el mugido de alguna desconsolada vaca en ignoto corral. Entretanto, la orilla entera vibraba con el croar de las ranas, los bastos espíritus de antiguos bebedores y juerguistas aún irredentos tratando de cantar el botín hecho en su laguna estigia -si las ninfas de Walden perdonan la comparación, pues aunque no hay plantas, sí ranas-, que gustosos mantendrían las hilarantes costumbres de sus viejas mesas festivas, pese a que sus voces se han vuelto roncas y de gravedad solemne -burla de la alegría-, ya que el vino ha perdido su bouquet y no es sino licor que hincha la panza, y la suave intoxicación jamás alcanza a ahogar los recuerdos del pasado, quedando en simple saturación, empapuzamiento y plétora exagerada.

El más imponente, papada sedente sobre hoja flotante que hace las veces de servilleta para sus colgantes mofletes, traga en esa orilla norteña un gran sorbo de la otrora despreciada agua y pasa su copa al tiempo que exclama "*crooa, crooa, croa*", contraseña que se repite y vuelve desde remota caleta, donde el siguiente en jerarquía y abdomen ha engullido a su vez su ración; y cuando el ritual ha sido observado en todo el circuito lacustre, el maestro de ceremonias exclama satisfecho un último "*croá*", coreado por turno por todos los demás, incluso el de panza más flácida e incontinente, para que no haya la menor equivocación; luego vuelve a circular el cuenco, hasta que el sol dispersa la niebla matutina y solo el patriarca sigue fuera del agua, gritando "*croáá*" de tiempo en tiempo y en vano, en espera de una respuesta que no llega.

No estoy seguro de haber oído nunca el canto del gallo desde mi lugar, y se me ocurrió que acaso valiera la pena el mantener un pollo puramente por su música. La nota de este antiguo faisán silvestre de la India es la más notable entre las de ave y, si fuere posible naturalizarlo sin domesticarlo, pronto sería el suyo el más famoso sonido de los bosques, mucho más que el estrépito de los gansos y el ulular de las lechuzas; ¡imaginaos luego el cacareo de las gallinas, cuando los clarines de sus señores descansaran!

No es de extrañar que el hombre añadiera esta especie a su colección doméstica, aparte los huevos y las patas cocidas. El pasear en una mañana de invierno por un bosque donde estas aves abundaran, por sus bosques nativos, y el oír a los gallos silvestres gritar en los árboles, clara y penetrantemente por millas y más millas de retumbante tierra, apagando las notas más débiles de otras aves...

¿Os lo imagináis? Pondrían a las naciones en estado de alerta. ¿Quién no se levantaría temprano, y más aún, cada uno de los días sucesivos de su vida, hasta hacerse increíblemente sano, rico y sabio? La voz de esta ave extranjera es celebrada por los poetas de todos los países a igual nivel que sus cantores nativos.

Todos los climas son buenos para el bravo Cantaclaro; es más indígena que los propios autóctonos; su salud es siempre buena, sus pulmones sanos, y su ánimo jamás flaquea. Hasta el marino en el Atlántico y en el Pacífico es despertado por su voz. Pero su aguda nota jamás interrumpió mis sueños. Jamás tuve perro, gato, vaca, cerdo ni gallinas, de manera que se podría decir que sufría un

verdadero déficit de sonidos domésticos; ni la mantenera, ni la rueca, ni el canto de la marmita ni el silbido del puchero, ni el alboroto de niños para consolarle a uno.

Un hombre chapado a la antigua habría perdido el juicio o se habría muerto de aburrimiento. No había siquiera ratas en las paredes, pues habían muerto de hambre o, mejor, jamás habían sido tentadas por cebo alguno; solo ardillas sobre el techo y bajo el suelo, un chotacabras en el poste maestro, un grajo azul gritando bajo la ventana, una liebre o una marmota cerca de la casa, un búho o una lechuza a su sombra, una parada de gansos salvajes o un riente somormujo en la laguna y una raposa para atronar la noche.

Ni alondra ni oropéndola alguna, dulces aves de los plantíos, vinieron nunca a visitarme. No había gallos que cantaran ni cacareos en el corral, ni aun este en parte alguna, sino naturaleza sin vallas a vuestros pies.

Un bosquecillo en ciernes bajo la ventana, y zumaques y zarzamoras tratando de irrumpir en el sótano; pinos resinosos frotándose y golpeando contra la tablazón por falta de espacio, con raíces que ponían soportes a la casa. En vez de ventana o persiana que llevara el temporal, un pino arrancado de raíz o quebrado como combustible, detrás de la casa.

En vez de quedar sin sendero a la puerta de entrada con la gran nevada, ninguna puerta, ni porche delantero, ni sendero alguno al mundo civilizado.

(Fragmento tomado de THOREAU, Henry David (1990): Walden o la vida en los bosques. Buenos Aires, Edit. Cábala, pp. 139-145)